

DODGE CITY

Para mayores de 18 años

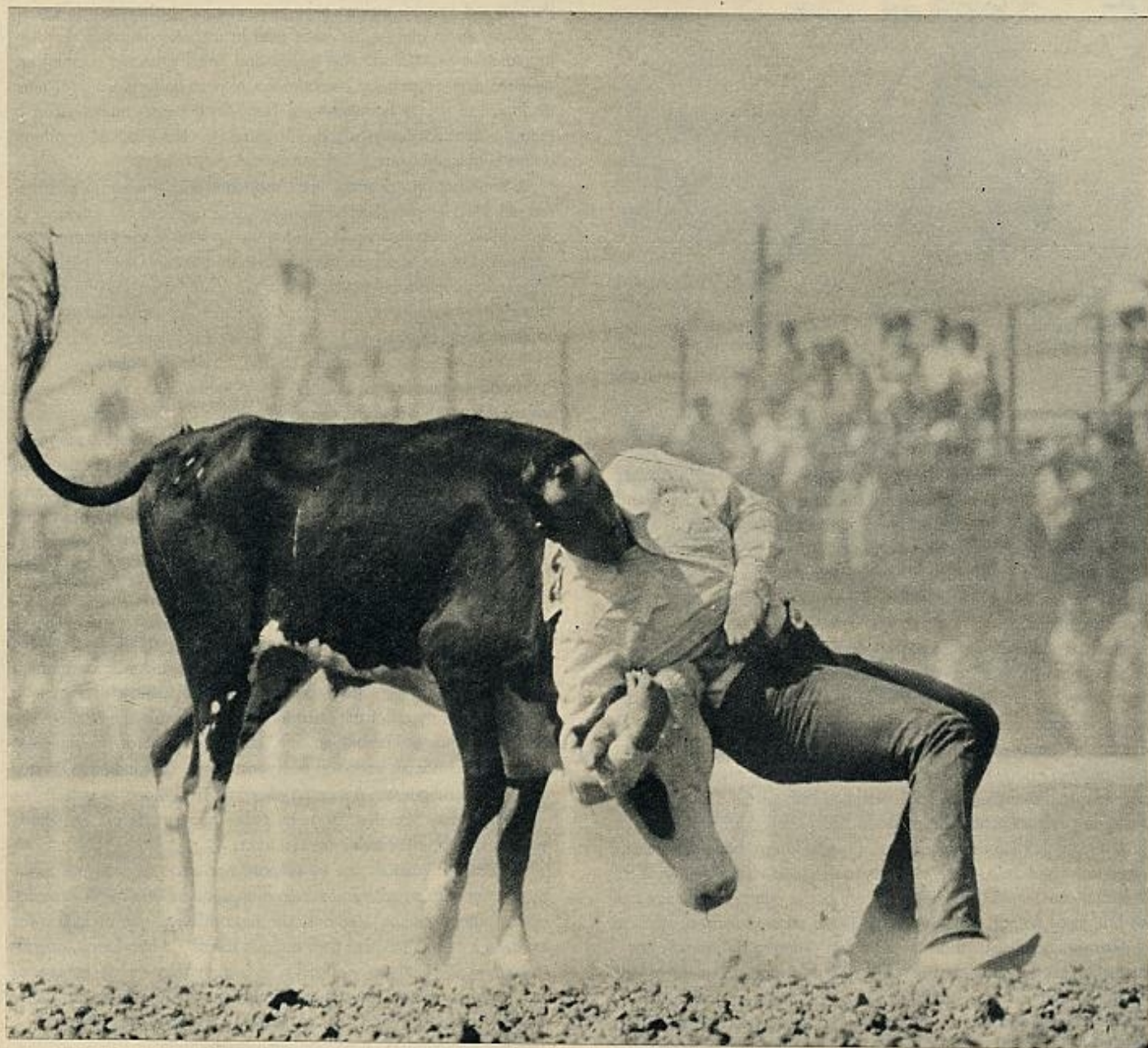
UN hecho histórico, una leyenda hermosa, tan falsa como sugestiva: el Oeste Salvaje. No es posible localizarlo con gran precisión, pero podemos decir que está constituido por la Llanura Central de los Estados Unidos. Incluye los Estados de Nebraska, Wyoming, Kansas, Dakota del Sur y Norte y parte de los de Colorado, Oklahoma y Texas. Una precisión: no todo se redu-

ce a la cría de ganado. Florecen aquí granjas, minas e industrias. Hay grandes ciudades y una cadena de montañas divide en dos la llanura. Cuando la tormenta empuja los nubarrones sobre las Rocosas y el sol agujerea las nubes, el Oeste Salvaje es de una hermosura barroca de luz y color.

Sali de Kansas City en un pequeño avión que dio varias sacudidas al despegar. Algunos se in-

clinaron sobre las bolsas de papel. El aire era transparente y, abajo, la tierra estaba perfectamente ordenada, cuadrículada por pistas y carreteras. Aterrizábamos en ciudades pequeñas; dejábamos dos pasajeros y recogíamos otros dos. Ni siquiera paraba el motor. Los aeropuertos eran, en realidad, casuchas. En una de ellas vi, al fin, pintado «Dodge City».

Dodge City sigue siendo un importante **SIGUE**



Dos escenas típicas del Oeste: el derribo del novillo —arriba— y el rodeo en el que también participan las muchachas, como en los que se celebran en Cheyenne.





centro ganadero que conserva con cariño recuerdos de su violento pasado, al margen de la ley. Hoy es como un centro suburbano. Las vías del tren —fuente de su riqueza y su fama— cruzan el centro de la ciudad. Las casas son limpias, pequeñas y anticuadas. Las tiendas, más modernas. De vez en cuando, un tren interminable, arrastrado por máquinas Diesel, pasa como un infierno por la ciudad.

No me imaginaba así la ciudad. Se hace difícil pensar que haya sido ésta la parte de América

más hostil hacia los forasteros. Hoy es la gente más amable del mundo. Más aún, hoy un extranjero puede considerarse el rey de la ciudad, sobre todo en los rodeos, donde la gente te ofrece constantemente cucuruchos de papel con helados o Coca-cola. Recuerdo que cuando estuvimos en Australia bastaba con que un nativo reconociese nuestro acento Pommie o se fijase en nuestro atuendo «modo» para que nos obsequiase con un insulto o un empujón. Por el contrario, en Dodge City se nos valoró porque conocíamos personalmente a los Beatles. Me invitaron en una granja, me ofrecieron hermosos potros salvajes y me reservaron el mejor banco de toda la Iglesia.

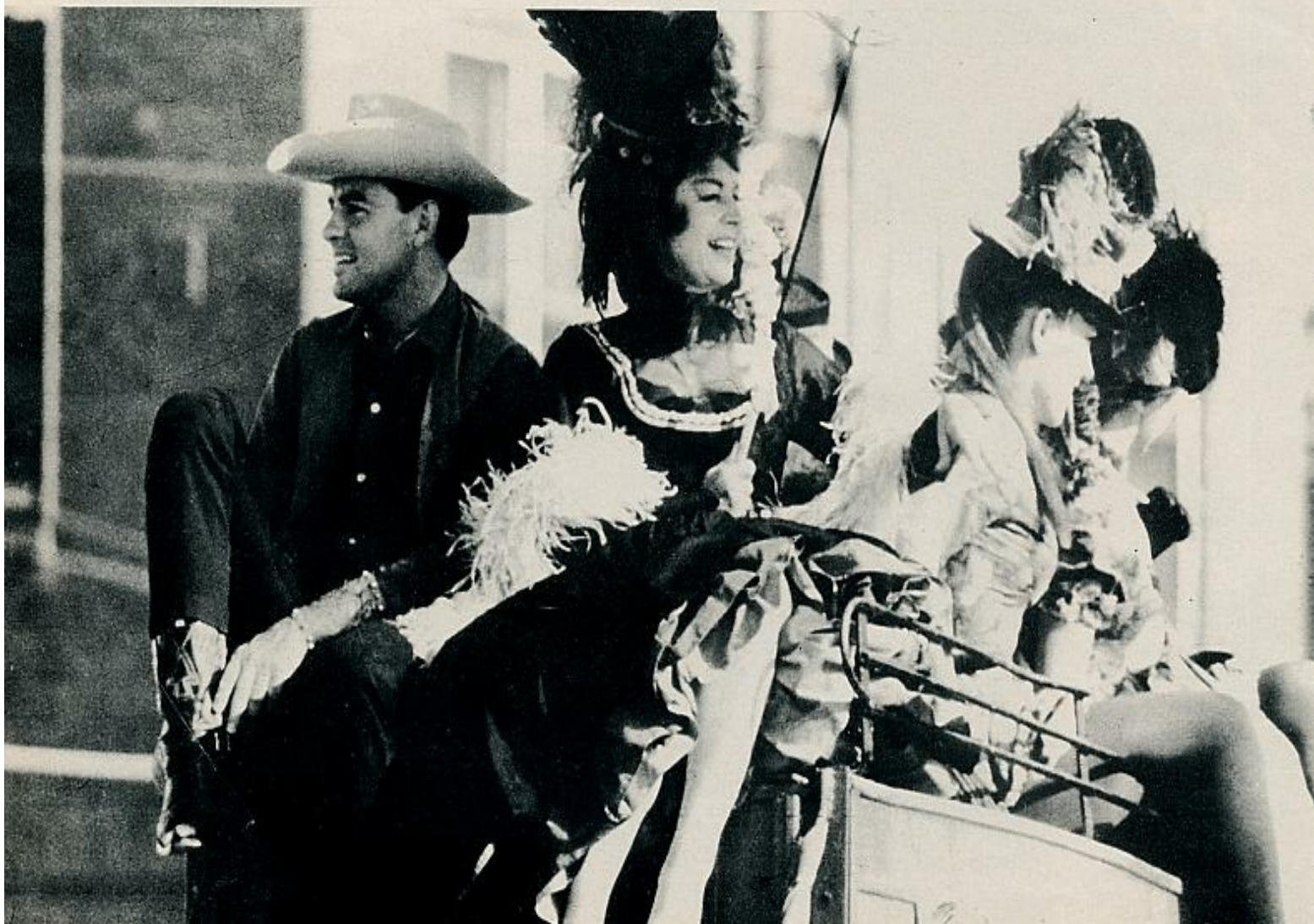
alas anchas y revólver al cinto

La hospitalidad y amabilidad de los habitantes de Dodge City se debe a las condiciones de soledad, aislamiento y crudeza del tiempo. Aquí es preciso contar con vecinos. El tiempo es feroz: días de sol implacable alternan con ventiscas y tornados. Las tormentas se desploman y los ríos se desbordan, como en cierta ocasión el perezoso Arkansas, arrastrando casas y cubriendo la ciudad de lodo. Hay un refrán que dice: «Si no le gusta el tiempo de Kansas, espere quince minutos».

Conoci en Dodge City al ciudadano más hospitalario de la ciudad, «Marshall», heredero de una tradición hoy revivida, para delicia de los espectadores, en la Televisión. Desciende nada menos que de Wyatt Earp, un hombre alto y moreno, con sombrero de alas anchas, dobladas hacia arriba y botones de perla en la camisa... pantalones ajustados y zapatos de tacón alto. Nunca salía a la calle sin su cinturón de cuero y los dos revólveres. Era un ejemplar soberbio que amaba como nadie a su ciudad y a la llanura. Conocía por sus nombres a los 14.000 habitantes de Dodge City e inauguró un estilo de cordialidad con los forasteros. De sus tiempos, queda un «saloon», donde solamente se venden refrescos, y el cementerio «Boot Hill», en cuyo centro hay un árbol con cuerda para ahorcar. Sobre algunas tumbas se leen inscripciones como esta: «matón de la ciudad» o «matón extranjero». Es un cementerio para turistas.

Un día asistí a un rodeo que se celebraba en las afueras de la ciudad. Los rodeos son tan normales como las corridas de toros en España. La arena estaba rodeada de bancos para los espectadores y un palco para los jueces. Mucha de la gente que acudía venía montada a caballo, elemento imprescindible del «way of life» del Oeste americano. Desde el cura hasta el niño que vende periódicos utiliza el caballo.

Arriba, también los músicos llevan sombrero de ala ancha. En la foto inferior, muchachas ataviadas vistosamente con motivo del carnaval anual «Dodge City Days»



DODGE CITY



El «Marshall» Holmes, representante de la ley en Dodge City hoy, pasea por la calle principal, escenario de tantos tiroteos en el pasado. Abajo, revólveres en venta.



El rodeo es un espectáculo democrático. Era imposible diferenciar al pobre del rico, ni por la indumentaria, ni por el sitio que ocupaba. Todos los coches aparcados eran nuevos, de un año o dos. Compré a la entrada una Coca-cola a una mujer que me dijo era propietaria de 3.000 acres de tierra y un avión bimotor. A su lado, su marido vendía perritos calientes.

La multitud era predominantemente masculina. Destacaban los trajes vistosos del Oeste Salvaje. Las amazonas llevaban trajes iguales a los de los jinetes. El traje de cow-boy es el habitual en el Oeste y no es raro ver a los gerentes de banco con botas y sombrero cow-boy. Las camisas de Carnaby Street palidecen al lado de las que se llevan aquí. El fotógrafo y yo acudimos al rodeo con sombreros de ala ancha, tipo tejano. Al fotógrafo le regalaron, además, un par de botas, de 50 dólares, quizá como premio a su amistad con los Beatles. A pesar de lo fantástico de su aspecto, el traje de cow-boy es muy práctico. Las botas son muy cómodas para largos paseos a caballo. La puntera de las botas, larga y estrecha, permite introducir fácilmente el pie en las espuelas. El alto tacón se agarra bien al suelo. La silla de montar tiene la forma de barco, con una proa, a la que se puede atar la cuerda, y un respaldo alto, sobre el que puede descansar el jinete. La raza de caballos más utilizada es la de los «quarterhorses», pequeños, **SIGUE**

DODGE CITY

La tradición de un Oeste violento, vaquero, alegre durante las fiestas y los carnavales famosos por sus desfiles de carrozas, va cediendo el paso a las ciudades en las que se anuncian apartamentos con aire acondicionado, rodeadas de moteles para los viajeros. En los saloons se evocan otros tiempos y aún permanece el estilo tradicional en el atuendo y en las violentas diversiones.





Se va al rodeo para deleitarse con la destreza de los jinetes, inseparable de la violencia. En la foto inferior, modernos cow-boys de Wyoming que todavía siguen practicando los rodeos a caballo.

huesudos, finos; son quizá los caballos más rápidos del mundo para una distancia de cuarto de milla (de aquí el nombre) y muy diestros. La destreza es importante en el caballo del Oeste, ya que se maneja desde ellos la manada de novillos y con ellos se saca del rebaño el novillo que hay que llevar al veterinario, lo que no es nada fácil. Cuando el jinete atrapa a un novillo a lazo, antes de saltar a tierra para atarle las patas con un cordel, anuda la soga a la «proa» de la silla para que el caballo pueda sujetar al novillo e impedirle que se levante del suelo.

Los rodeos son mucho más que meros espectáculos. De los que participaron en el

SIGUE





PHILIPS
presenta

UNA NUEVA DIMENSION EN EL AFEITADO

PHILISHAVE • 3

Mejores no hay

PRUEBELA, POR FAVOR:
NOS LO AGRADECERA

DODGE CITY

rodeo al que asistí en Dodge City, sólo la mitad eran rancheros profesionales. Los demás procedían del campo o de la industria, y es que la habilidad para montar es algo innato en ellos. Se trata de un deporte violento, terrible. Los caballos salvajes tiemblan de furia y de miedo. Antes de salir al redondel, esperan encerrados en una especie de plano de descarga, angosto, y es doloroso oír cómo golpean las tablas con sus pezuñas y con todo el cuerpo. Los novillos son también salvajes. Aunque es fácil que un concursante se quede sin dentadura o salga con todas las costillas rotas, la gente acude para disfrutar de la pericia de los participantes.

del caballo al coche

El coche ha invadido el Oeste. Las pequeñas calles tranquilas están recorridas por dos filas interminables de coches ardientes bajo el sol. Las distancias, enormes, hacen que sea imprescindible. No es nada extraordinario tener que hacer noventa millas para asistir a una fiesta y es normal un recorrido diario de 400 millas. Los americanos han inventado un deporte que no se ha introducido aún en Europa. En ocasiones, al regresar por la noche a casa, y si están de humor, los conductores sueltan parte del aire de los neumáticos y montan sobre los rielles del tren. Entonces, se dedican a beber, pero manteniendo cuidadosamente el pie sobre el acelerador. El juego consiste en arrancar justamente cuando el tren se echa encima.

Me ha impresionado la gente del Oeste. Por debajo de la rudeza de sus gritos, cuando me llamaban desde lejos «Hi, Limney», he creído descubrir una dulzura íntima. A las nueve de la noche, cuando los párpados de la noche se echan sobre la ciudad, se enciende el neon y la gente se recluye en casa para cenar austeramente o en los bares para beber cerveza. Se reciben muy mal los programas de TV.

El Estado de Wyoming pertenece a ese mismo imperio del Oeste Salvaje, pero a un Oeste más salvaje que ninguno. Los ranchos se pierden en las vastas praderas. Hay montañas y cataratas, una Parque Nacional, indios de verdad, mal vistos por los otros habitantes. Su capital es la pequeña, pero rica, ciudad de Cheyenne. Laramie, sede de la Universidad del Estado, está en la misma carretera, un poco más arriba. El Estado de Wyoming tiene 98.000 millas cuadradas y una población de 340.000 habitantes. En Cheyenne abundan los moteles y en el centro se abre una plaza sombreada, en uno de cuyos lados se levanta el capitolio del Estado, con su cúpula dorada. El Estado tiene en el Congreso de la nación un solo representante. Todo en Cheyenne denota riqueza. En los grandes almacenes se pueden encontrar desde objetos de plata, diamantes, porcelana inglesa, seda de Thai a equipos completos de cow-boy. La gente es sencilla en todo menos en el vestido, ostentoso. En las tiendas se venden camisas bordadas como cojines morunos, con cequines por lentejuelas y botas de puntera larga y estrecha pintadas con flores



La exuberancia de los hombres del Oeste se desborda especialmente en los grandes desfiles anuales. En Cheyenne, se exhiben las antiguas diligencias cuyos azarosos viajes hacen hoy las delicias de los telespectadores.

y caballos, de aspecto horripilante. En este mundillo de ganaderos y mineros, parece ser que hoy instalaciones secretas de missiles.

Una de las cosas que más preocupan a los habitantes es el agua. El agua es propiedad del Estado y su consumo está regulado. Algunas de las leyes que rigen el aprovechamiento del agua son ya centenarias, y es raro el día en que no se celebra algún pleito que otro en Wyoming por este motivo, que ha producido en el pasado quizá más víctimas que ninguna otra cosa.

En los alrededores de las ciudades y en las grandes llanuras, existen ingentes concentraciones ganaderas. Miles y miles de corrales en fila y miles de abrevaderos. Y ganado, siempre ganado. El aire huele a farroje seco, de silo. La automatización está cambiando la fisonomía de los ran-

chos. Los jeeps surcan las praderas y, a veces, los caballos son sustituidos por motocicletas en el rodeo.

En política, el hombre del Lejano Oeste es conservador y obstinado. Miran con desconfianza a la Administración y desprecian a los funcionarios. Tienen a votar por Johnson. Son violentos, de una forma exuberante. En Cheyenne asistí a otro rodeo, el más importante de Estados Unidos. Por la noche, la ciudad estaba llena de borrachos y el suelo estaba cubierto de latas vacías. Muchos de los muchachos eran universitarios y llevaban con orgullo el traje de cow-boy. Han empezado a vivir entre la ira y la abundancia.